

vendas en los ojos, y se ven esta vida y la otra tales como son.

Oyóse el sonido de una campanilla en la habitación en que se hallaba la joven, y ésta, dejando su labor sobre la silla que había ocupado, se dirigió precipitadamente al interior.

## VII

Cuando Lucía entró en la sala donde había sonado la campanilla, que era la segunda y la que servía de cocina—según indicaba un fogón de yeso que había arrimado á la pared,—un hombre había aparecido en la estancia y se paseaba por ella de mal humor y á pasos desiguales.

Era un joven de elevada estatura y figura, aunque vulgar, gallarda y bien proporcionada.

Su tez morena estaba empañada por una palidez hija de los desórdenes; palidez que no puede equivocarse con la dulce y distinguida del estudio, ni con la interesante que extienden en las facciones los cuidados y las penas de la vida.

Sus ojos negros, de duro y receloso mirar, estaban rodeados de círculos morados, que acusaban asimismo graves desórdenes en su método de vida y gran falta de sueño tranquilo.

Tenía los cabellos negros y hermosos, naturalmente rizados, y en sus facciones había alguna semejanza con las de la joven, ó más bien lo que suele llamarse *aire de familia*.

—¡Yo pensé que estabas sorda!—dijo con enojo á su hermana, pues aquellos jóvenes no eran

otros que Antonio y Lucía, los hijos de Juan Pedro y de Lorenza.—Tráeme el chocolate.

—No está hecho todavía,—respondió Lucía con timidez.

—¿Cómo?

—Que aún no está hecho: hoy te has levantado más temprano de lo que acostumbras.

—¿Estoy obligado á levantarme á una hora fija?

—Yo no digo eso... sino que te has levantado antes que otros días y que no está aún el desayuno... Voy á preparártelo.

—No es menester,—dijo Antonio deteniendo á su hermana con un gesto imperioso.

—¿No te desayunas?

—Iré al café, ya que para nada sirves.

—Antonio—dijo la joven,—esta vida no puede durar para mí: eres muy injusto conmigo. Has de saber que no está aún tu chocolate, porque no lo había en casa... ni tenía con qué ir á comprarlo: no me atrevía á decírtelo; pero ya que te irritas tanto por lo que no puedo remediar, es preciso que te lo diga: hoy no hay nada en casa para comer. Hermano, ¡esta situación no puede prolongarse por más tiempo!

—¿Y qué quieres decir con eso?—exclamó el joven lanzando á su hermana una mirada colérica.

—Que voy á tomar un partido... de esta manera sufro demasiado.

—Justo castigo de haber dejado la casa de tus padres,—observó Antonio.

—¡Y tienes valor de reconvenirme por haberlo hecho!—exclamó amargamente Lucía.—¿Qué hallaba ya en la casa donde hemos nacido? ¡A mi padre criminal! ¡A mi madre local! ¡A una mujer devorando el precio del crimen que se imputa á mi padre! ¿Debía quedarme allí?

—Sí: ese era tu deber.

—Tú me propusiste que huyera contigo.

—Y tú debiste rehusar. Nuestra hermana menor te daba el ejemplo.

—Lo hecho, hecho está, y no me arrepiento de ello—dijo Lucía;—pero no puedo vivir más á tu lado, Antonio. Tendría valor para compartir contigo una vida de trabajo, de escasez, de privaciones, si como compensación tuviera algún rato tu compañía y siempre tu interés y tu cariño; pero te has abandonado á una existencia de perdición, al juego, al ocio, á la estafa... me dejas sola toda la noche, todo el día, sin dinero, sin qué comer... ¿Cómo he de conformarme con esto?

—¿Pero cómo has podido pensar que al traerte conmigo me iba á constituir en tu acompañante perpetuo, en tu esclavo?—prorrumpió Antonio.—Déjame que busque á la fortuna, y, cuando la haya hallado, quéjate si no te doy tu parte.

—¡Ah! ¡No es el que has emprendido el mejor camino para hallar á la fortuna!—exclamó Lucía,—¡ni de ese modo la encontrarás jamás! La fortuna sólida y estable viene sólo por el trabajo y el talento.

—¡Palabrotas de tus novelas!

—A lo menos leo, es verdad: tú ni aun eso haces; pero los libros y mi propia razón me dicen que no es por medio del fraude y del juego como se adquiere la fortuna.

—¿Y de qué modo la puedo yo adquirir? ¿Qué sé yo hacer? ¿Para qué valgo? Para arar la tierra, y de eso me despedí ya para siempre.

—¡Y de eso te arrepentirás!—observó Lucía.—  
¡No recaía sobre tí el deshonor de las faltas de nuestro padre, y lejos de eso era á tí á quien correspondía velar por la suerte de tus hermanas! ¡Tú debías haberme guiado en el camino del deber y haber sostenido mi fortaleza! A tí te pedirá Dios cuenta de todo lo que yo pueda hacer en adelante.

Antonio, que hasta entonces se había ido vistiendo, se puso la levita, tomó el sombrero y se dirigió á la puerta murmurando:

—¡Ya estoy harto de letanías!

—¿Te vas?—preguntó Lucía con voz alterada.

—Ya lo ves,—respondió Antonio.

—¿Y cuándo volverás?

—¿Cuándo?

—Sí.

—No sé.

—¿No me dejas dinero alguno?

—No tengo un ochavo.

—¿Sabes que no puedo comer hoy ni un pedazo de pan?

—Lo siento; pero te repito que no tengo qué darte.

Antonio desapareció al acabar de pronunciar estas palabras, y Lucía, dejándose caer sobre una silla, prorrumpió en lágrimas de cólera.

—No—dijo después de haber llorado durante algunos instantes,—no sufriré más esta vida vergonzosa y miserable. El escaso producto de mi bordado es también consumido por el juego, por esa maldita pasión que se ha apoderado de mi hermano: hasta hoy me han sostenido los preceptos de moral y de religión que mi madre me repetía en mi niñez; pero ya no quiero luchar más, es inútil... La virtud es á veces una gran tontería... Ese hombre tiene razón: los que vivimos mártires del deber somos unos necios.

Y esto diciendo, sacó Lucía de su bolsillo una carta, la desdobló, y se puso á leerla atentamente, como si desease afirmarse en una resolución vacilante todavía en su alma.

La carta decía así:

«¿De qué le sirve á usted, hermosa niña, vivir en la más triste soledad, y consumir sus días en un asiduo trabajo? ¿Quién le agradece la triste existencia que pasa? No puedo creer que sólo el cariño fraternal la impulse á tan inmenso sacrificio: si le une á usted otro afecto á su compañero, muy cobarde y muy infame es éste en pagar su amor con tal abandono; si es un esposo, no merece que usted guarde fidelidad á un amor que, si

existió, se ha apagado completamente, á juzgar por la conducta de ese hombre: como quiera que sea, no rehuse los medios que le ofrezco de romper ese odioso lazo, y fíese á mi amor.

»He pasado por su casa de usted á todas horas del día y de la noche, y la he visto siempre solitaria y triste: en las horas en que todos nos entregamos al descanso, usted vela infatigable y sola, sin oír una palabra dulce que la consuele, sin contemplar una boca amiga que le sonría. Pues bien, pobre niña; tan afflictiva situación puede cesar, y para ello sólo tiene usted que decir una palabra; un *sí* al pasar yo, sea pronunciado, sea escrito en un papel, y en la próxima noche, á la hora que usted designe, un poco de valor para abrir la puerta y salir á la calle. No necesita usted más.»

—¡Tendré todo ese valor y más que fuese necesario!—exclamó Lucía.—Sí: esta noche saldré de esta casa; pero ¡ay! ¡Para lanzarme al camino de la infamia no había necesidad de haber abandonado la casa de mi padre! ¡Allí era sólo desgraciada... aquí, además, seré culpable!

## VIII

Lorenza halló en casa del vicario un bienestar y una tranquilidad que disiparon las sombrías tinieblas de su alma, y la luz de la razón apareció de nuevo entre ellas más durable y más hermosa que nunca.

La vista de su alegre cuartito, embellecido por el cuidado y la grata presencia de Teresa; la satisfacción de hallarse rodeada de continuo de rostros serenos y apacibles; la compañía de León, que le lamía la mano frecuentemente; los alimentos sanos, y el descanso tranquilo, cambiaron el curso desordenado de sus pensamientos, y éstos hallaron un dique, á la manera que un desbordado torrente lo halla en un espeso bosquecillo de floridos arbustos.

Pero si tan risueñas imágenes curaron la alteración de su espíritu, no alcanzaron otro tanto con la de su salud, y á medida que su razón lucía más clara, su cuerpo se debilitaba y se iba inclinando hacia el sepulcro.

El vicario y Teresa lo conocieron así, y procuraron por todos los medios que la muerte de la in-

feliz esposa y de la desventurada madre fuese más feliz y tranquila de lo que lo fué su vida.

Lorenza se informó con sorprendente lucidez de todos los acontecimientos de su casa, y supo con resignación la instalación en ella de la taberna, causa de todas sus desgracias; pero al saber la huída de sus hijos, lágrimas arrancadas al fondo de su corazón subieron á sus ojos.

—¡Y he de morir sin verlos!—exclamó uniendo sus manos y alzándolas al cielo;—¡he de salir de este mundo sin darles mi última bendición y mi último consejo! ¡Dios mío! ¡este postrer dolor es el más grande, el más insoportable de todos!

El vicario le dirigió algunas palabras consoladoras, y le dijo que debía dar gracias á Dios porque aún le había dejado la compañía de Teresa.

—¡Yo se las doy desde lo más íntimo de mi alma!—exclamó la pobre Lorenza;—¡yo se las doy porque ha hecho de mi hija el ángel salvador de su padre y el mío! ¡Hija querida, tú serás dichosa porque has sabido llenar la misión de la mujer, que, como dice el señor cura, consiste en perdonar y amar! No la abandones nunca, porque el recuerdo de haber cumplido con su deber es la única felicidad positiva de la tierra.

Lorenza se iba extinguiendo poco á poco; pero la conformidad y la resignación parecían quitar todo el horror á su muerte.

Una tarde rogó á la buena Andrea que hiciera llamar á su marido.

—Me voy—dijo,—y quiero despedirme de él. Durante algunos años he sido dichosa al lado suyo, y aún lo sería á no haberse interpuesto entre ambos la fatal mujer que le ha perdido.

Contra lo que esperaban el vicario y la señora Andrea, Juan Pedro acudió al lecho de muerte de su mujer, que pidió que la dejaran sola con su marido.

Parecióle á Lorenza que le veía por la primera vez después de muchos años; pues aunque realmente había pasado algunas veces por debajo de la ventana de su cuarto en el tiempo de su demencia, nunca había llegado á verle de cerca.

Al mirar viejo, abatido, flaco y con la angustia del remordimiento en la frente, al hombre que había amado joven, alegre y honrado, Lorenza experimentó un sentimiento de profunda lástima.

—¡Qué cambiado te hallo, Juan Pedro!—exclamó mirando al desgraciado, que, sentado junto á su lecho, tenía la cabeza inclinada y una actitud profundamente abatida.—Cuando vaya á ver á mi pobre madre, que será hoy mismo, podré decirle que has expiado el crimen de darle la muerte.

—¡Perdón, Lorenza!—murmuró Juan Pedro cubriéndose el rostro con las manos.

—Te he querido mucho y durante mucho tiempo para no perdonarte ahora—dijo Lorenza;—y has sufrido tanto, que también mi madre debe haberte perdonado ya. Pobre, abandonado de tus hijos, perseguido por los remordimientos, ¿qué

más castigos puedes ya sufrir? ¡Sólo te queda el camino del arrepentimiento, y únicamente en él hallarás la luz! Juan Pedro, renuncia á esos lazos malditos, á los cuales has sacrificado el amor de tu familia y el reposo de tu vida entera; ¡arrepíentete! Haz penitencia para que puedas esperar á la muerte sin terror; abandona á esa mujer, y ve á buscar á tus hijos para separarlos, si puedes, del camino de la perdición.

—¡Á buscarlos! ¿Dónde habrán ido? ¿Dónde los encontraré?

—En Madrid. Teresa oyó decir á su hermana que se iban allí; ve tú también y haz por encontrarlos.

—¡Imposible!—murmuró Juan Pedro.—¿De qué medios he de valerme?

—Nada es imposible cuando hay una firme voluntad.

—Y además, ¿qué prestigio puedo yo tener ya sobre mis hijos? De seguro que han huído de mi lado porque saben mi crimen.

—Lo saben y por eso han huído.

—Serán sordos á mi voz; ¡se burlarán de mí!

—Esa es la primera expiación que Dios te impone por esta boca que en breve va á quedar muda para siempre—dijo Lorenza.—De los bienes de mi madre apenas ha dejado ya nada la voracidad de esa mujer; lo que queda debe ser de lo poco que poseíamos: reúnelo todo y vete con Teresa. Cuando no sepas qué hacer, consúltaselo á ella, que es

un ángel de talento y de bondad. Tus hijos han huído de tí, porque eras culpable: búscalos arrepentido, y luego emplea el resto de tu vida en pedir al cielo tu perdón.

Una congoja apagó al llegar aquí la voz de Lorenza, que cerró los ojos y quedó inmóvil.

Su marido, asustado, pidió socorro, y la loca volvió á recobrar el conocimiento.

—Que venga Teresa—dijo.—Pronto, pronto, porque ya me restan pocos instantes de vida.

Un momento después, Teresa se inclinaba sobre el lecho de su madre con el rostro lleno de lágrimas.

—Hija mía—le dijo Lorenza,—á tu padre y á tí os dejo una misión ardua y difícil de cumplir: la de buscar á tus hermanos. No le abandones tú, ayúdale, guíale, aconséjale y no te separes de él; no pienses en que es culpable ni en la dura indiferencia con que te ha tratado, ni en sus crueldades conmigo: piensa sólo en que es tu padre, en que es desgraciado y está triste; en que tú eres su único apoyo en el mundo y la sola persona que le puede amar. Hija mía, no te separes de él... ¿me lo prometes así?

—Sí, madre mía—respondió Teresa:—no me separaré de su lado.

—¿Le seguirás á Madrid?

—Sí, señora.

—¿Tendrás valor para alejarte de Tiburcio?

—¿Por qué no le había de tener, madre mía?

—Él te quiere... Desde que mi razón ha vuelto, he vuelto también á ser madre: yo lo he conocido, y tú, hija mía, no puedes esperar muchas afecciones sobre la tierra.

Teresa enjugó una lágrima y dijo haciendo un esfuerzo:

—Seguiré á mi padre.

—Tu destino es sin duda vivir entre el dolor y las penas, pobre ángel mío—dijo Lorenza besando á su hija en la frente;—pero acéptale sin murmurar; también lo ha sido el mío: he sufrido mucho, pero en silencio... tú lo sabes... he perdonado... he amado... y ahora voy á buscar confiadamente el eterno descanso.

Lorenza, fatigada, calló, y sus labios se movieron desde entonces suavemente como si rezase.

Teresa, de rodillas junto al lecho, lloraba en silencio.

Una cabeza juvenil, pero llena de tristeza, se asomó á la puerta y contempló un instante á la madre y á la hija, retirándose en seguida.

Dos horas después, Lorenza exhalaba el último suspiro, rodeada del vicario, de su esposo y de su hija.

Un poco antes de morir, tomó la mano de Teresa y buscó la de Tiburcio, que también se hallaba allí, procurando unirlos.

Pero sus fuerzas no llegaron á conseguirlo, y la infeliz miró de una manera suprema al sacerdote.

Éste leyó su pensamiento en aquella mirada é hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Juan Pedro salió para su casa, que estaba cerca de la del cura.

Era al caer de la tarde.

El sol se escondía, y las flores daban sus más dulces y penetrantes perfumes.

En la iglesia se oían los cantos de las jóvenes del pueblo que celebraban el primer día de Mayo.

Juan Pedro se detuvo, creyendo, en la ilusión de su cerebro debilitado por los excesos y las vigiliass, que eran voces de ángeles que llevaban al cielo el alma de su mujer.

Su fisonomía se transfiguró y adquirió una expresión de melancolía muy distinta de la feroz tristeza y amargo malestar que antes se advertía en ella.

Aproximóse el labrador á la iglesia, elevó al cielo los ojos, unió sus manos y se dejó caer de rodillas sobre la verde alfombra que cubría el campo.

—¡No me atrevo á entrar en vuestra casa, Señor!—dijo.—Estoy manchado de sangre, y antes es preciso que deposite mi crimen en el Tribunal de la Penitencia; pero desde aquí pido perdón á vuestra misericordia, y os doy gracias porque habéis suspendido sobre mi cabeza la espada de vuestra justicia. Sin duda que las nuevas ideas que germinan en mi alma se deben ya á que la santa compañera de mi vida ruega por mí en el cielo... ¡Bendito seáis, Señor, porque, aun des-

pués de su muerte, habéis permitido que vele por este miserable pecador!

Juan Pedro se levantó después de haber rezado durante algunos instantes.

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, y sus facciones, tanto tiempo comprimidas por la cólera y el dolor, parecían como dilatadas por una dulce esperanza.

¡Cosa extraña! De la muerte de una santa y sencilla mujer, brotaba la vida del alma del hombre fuerte y culpable.

Encaminóse Juan Pedro á su casa y entró en ella sin llamar, porque estaba la puerta abierta; después se dirigió á su cuarto, y lo halló solo.

Corrió en seguida á la sala contigua, y la halló también abierta y sola.

Los cofres tenían las tapas levantadas y estaban vacíos.

Una antigua cómoda, que allí había, estaba asimismo abierta y desocupada.

Juan Pedro comprendió á la primera ojeada que le habían robado.

Pero en vez de acongojarse, su corazón se sintió aliviado de un peso terrible, al pensar que la autora del hurto era Braulia, y que ésta debía haber huído con el producto de su crimen, dejándole libre.

Juan Pedro recorrió la casa llamando á la antigua tabernera, y únicamente halló el silencio por respuesta.

Fué al sitio donde tenía el dinero: todo había desaparecido.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó;—ya estoy libre de esa mujer; por ella robé, y ella me alivia del peso de mi robo y de su odiosa presencia. ¡Ahora no abandonéis á mi Teresal Haced que halle siquiera el pan de la limosna para dárselo, y concededme la dicha de encontrar á mis desgraciados hijos.